

DIMENSIÓN SOCIAL DE LA EVANGELIZACIÓN

La Evangelización es tarea de todos los bautizados, que implica un compromiso concreto con la dimensión pastoral, social, cultural y ecológica. Esos cuatro aspectos deben estar inter-ligados entre sí, uniendo la fe y la vida en toda acción misionera evangelizadora.

1. EVANGELIZAR ES CONSTRUIR EL REINO

El capítulo cuatro de la *Evangelii Gaudium* (EG) ofrece una visión amplia de la Evangelización sobre el tema la doctrina social de la Iglesia, hace una fuerte defensa de la política como vocación a la santidad. La política, tan abominada, es una sublime vocación, es una de las formas más preciosas de la caridad, porque busca el bien común. Recordemos que “ser ciudadano fiel es una virtud, y la participación en la vida política es una obligación moral” (EG, 183, 205 y 220). El papa recuerda que la misión de la Iglesia y la promoción humana, no se limitan a preparar las almas para el cielo (EG, 182). La misión de la Iglesia es evangelizar. Vivir en la miseria humana puede embrutecer a la persona y llevarlo a violar las leyes de Dios, por otro lado, la opulencia puede endurecer el corazón y olvidar los valores eternos.

Jesús estaba comprometido con un proyecto de liberación integral del ser humano, por eso iba al encuentro de los más pobres y excluidos, allí Él ve mejor la realidad, es decir, la condición de las personas que están cansadas, abatidas como ovejas sin pastor, es decir, sin rumbo, sin horizonte. Luego llama más personas para construir su proyecto que es el Reino de Dios. La Iglesia es la continuadora del Reino, con la misión en este mundo de anunciar el Evangelio a toda la humanidad, es decir, salvar a la persona en su totalidad. Su actuación será siempre profética, cuando su compromiso es con los más desprotegidos de la sociedad, no debe ser atrelada a los poderes de este mundo (Mt 9,35-38).

En el Nuevo Testamento está muy claro que Evangelizar es construir el Reino de Dios, en el mundo dilacerado por tantas discordias y conflictos (EG 176), por lo tanto, el cristiano está comprometido, para vivir su vocación trabajando en favor del Reino de Dios, sin prisa o en la obsesión por resultados inmediatos (cf. EG 223).

2. EVANGELIZAR ES OPTAR POR LOS POBRES

Desde el comienzo de su ministerio petrino el papa Francisco mostró el deseo de una Iglesia pobre para los pobres e con los pobres, pero, además de ser pobre para los pobres, la Iglesia querida por el papa, es valiente en la hora de denunciar el actual sistema económico, injusto desde la raíz (EG, 59). Francisco es un profeta, que habla por aquellos que no tienen voz. Nadie se preocupa cuando él abraza a los enfermos y ama a los pobres. Pero cuando se atreve a reflexionar sobre las causas morales

y estructurales de la pobreza, esa es otra cuestión, esa actitud incomoda y le trae adversarios. La Palabra de Dios nos enseña que, en el hermano, está la prolongación permanente de la Encarnación para cada uno de nosotros: "Siempre que hiciste esto a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí mismo lo hiciste" (Mt 25,40), es decir, seremos juzgados con base en la práctica de la misericordia en favor de los más pobres y excluidos.

La tarea de la evangelización debe comprender y promover todos los hombres y todo el hombre (EG, 181), teniendo una especial atención con los más pobres de la sociedad. Al punto que la opción por los pobres es una categoría evangélica y teológica; menos cultural, sociológica, política o filosófica. Dios "manifiesta su misericordia ante todo a ellos" (EG, 198). Francisco en su pontificado subraya mucho que la Iglesia debe pobre para los pobres, pues ellos tienen mucho que enseñarnos, por lo tanto, es necesario que todos nos dejemos evangelizar por ellos (EG 198).

El servicio de la caridad y misericordia para con los pobres es una dimensión constitutiva de la misión eclesial y expresión irrenunciable de la esencia misma (cf. EG 179). Por eso, cada cristiano y cada comunidad están llamados a ser instrumentos de Dios al servicio de la liberación y de la promoción de los pobres, para que puedan integrarse plenamente en la sociedad; esto supone estar dócilmente atentos, para oír el clamor del pobre y socorrerlo (EG 187). El clamor de los pobres debe convencernos (Lc 16, 19-31; Mt 25, 31-46). La propia Iglesia, para Francisco, debe siempre caminar con los pobres, en un proceso de salida: "prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades. No quiero una Iglesia preocupada por ser el centro y que termine clausurada en una maraña de obsesiones y procedimientos" (EG, 49).

3. DENUNCIAR UNA ECONOMÍA QUE EXCLUYE Y MATA

El mundo globalizado ha creado una economía excluyente, que mata muchas vidas, desafortunadamente, gran parte de la humanidad es obligada a vivir en la pobreza y en la exclusión. Existe un fuerte contraste entre riqueza y pobreza, ricos y pobres, algunos tienen mucho y la gran mayoría de la población mundial no tiene casi nada. Los pobres cada vez más pobres que viven en la miseria y la marginación coexisten con la riqueza y el desarrollo económico.

El papa Francisco exige decir no a una economía de exclusión, a una economía que mata y que ve el ser humano solo como puro consumidor. No a la cultura del bienestar que nos anestesia, por lo tanto, ya no lloramos al ver el drama del prójimo sufriendo, la responsabilidad de los demás como nuestra (Cf EG, 53-54). Así, la adoración del becerro de oro (Ex 32, 1-35) encuentra una versión cruel del dinero en la economía sin rostro (cf. EG 55-56).

La globalización sigue la dinámica de concentración de poder y riqueza en manos de unos pocos. La pobreza conduce al proceso de degradación social que niega las condiciones mínimas de la vida humana. Una consecuencia en la era de la globalización es la destrucción sistemática del medio ambiente, especialmente en los países en desarrollo. Los recursos de la tierra también se están minando debido a las formas inmediatas de entender la economía y la actividad comercial y productiva (LS, 32). El afán de lucro de las grandes corporaciones y multinacionales no respeta el hábitat de las personas y otros seres vivos en el planeta. Es por eso que se necesita una reforma financiera, que debe hacer un cambio en favor de los pobres (EG, 58). En este sentido, el Papa Francisco desea una Iglesia comprometida con los pobres, pobre para los pobres, pero, además de ser

pobre para los pobres, valiente al denunciar el sistema económico actual, injusto desde el principio (EG, 59).

El mandamiento de “no matar” pone un límite claro para asegurar el valor de la vida humana, hoy tenemos que decir también “no a una economía de la exclusión y la inequidad”. Esa economía que mata. No puede ser que no sea noticia que muere de frío un anciano en situación de calle y que sí lo sea una caída de dos puntos en la bolsa. Eso es exclusión (EG 53). No podemos tolerar que se tire comida, cuando hay gente que pasa hambre. Eso es inequidad, es un pecado. Se desperdicia comida porque hoy todo entra dentro del juego de la competitividad y de la ley del más fuerte, donde el poderoso se come al más débil. Como consecuencia de esta situación, grandes masas de la población se ven excluidas y marginadas: sin trabajo, sin horizontes, sin salida (EG 53).

El sistema económico actual, considera al ser humano en sí mismo como un bien de consumo, que se puede usar y luego descartar. Vivimos en la cultura del descarte que, además, se promueve. Ya no se trata simplemente del fenómeno de la explotación y de la opresión, sino de algo nuevo, es decir, con la exclusión queda afectada en su misma raíz la pertenencia a la sociedad en la que se vive, pues ya no se está en ella abajo, en la periferia, o sin poder, sino que se está fuera. Los excluidos no son solo explotados, sino también considerados desechos sobrantes (EG 53).

Si no se solucionan radicalmente los problemas de los pobres, renunciando a la autonomía absoluta de los mercados y de la especulación financiera y atacando las causas estructurales de la inequidad, no se resolverán los problemas del mundo y en definitiva ningún problema. La inequidad es raíz de los males sociales (EG 202). Debemos prestar atención y estar cerca de nuevas formas de pobreza y fragilidad reconociendo a Cristo sufriente, aunque eso aparentemente no nos aporte beneficios tangibles e inmediatos, los sin techo, los toxicodependientes, los refugiados, los pueblos indígenas, los ancianos cada vez más solos y abandonados (EG 210).

La propiedad privada de los bienes se justifica para cuidarlos y acrecentarlos de manera que sirvan mejor al bien común, por lo cual la solidaridad debe vivirse como la decisión de devolverle al pobre lo que le corresponde (EG 189). A todo ello se añade una corrupción ramificada y una evasión fiscal egoísta, que han asumido dimensiones mundiales. El afán de poder y de tener no conoce límites (EG 56). “El individualismo posmoderno y globalizado favorece un estilo de vida que debilita el desarrollo y la estabilidad de los vínculos entre las personas, y que desnaturaliza los vínculos familiares. La acción pastoral debe mostrar mejor todavía que la relación con nuestro Padre exige y alienta una comunión que sane, promueva y afiance los vínculos interpersonales” (EG 67).

4. CONVERSIÓN PASTORAL Y ECOLÓGICA

No hace mucho tiempo que considerábamos que la tierra y sus recursos eran infinitos, que, por arte mágica, la naturaleza siempre podía recomponerse. El camino sería obtener apenas el "progreso", entendido como la implementación del modelo capitalista de extracción, producción, venta y disposición de productos y la creciente consumación de servicios, vinculados a la creciente concentración de la población en las ciudades. En esta corrida desigual, los pueblos y las naciones desarrolladas estarían en mejores condiciones para comenzar y avanzar. Los pueblos considerados "subdesarrollados" debido a su atraso económico y a la falta de habilidades, tendrían que copiar el modelo capitalista y ajustarse a la situación de dependencia.

Lentamente, nos dimos cuenta de que algo andaba mal. La conciencia ecológica estalla con indignación, denuncia, preocupación. Esto se manifiesta inicialmente en la investigación científica y en el trabajo de divulgación, así como en los movimientos ambientales en el primer mundo. En nivel eclesial el Papa Francisco con su Encíclica *Laudato Si* nos ayuda a criar conciencia y nos presenta el Evangelio de la creación, que ve el medio ambiente como un bien colectivo, una herencia de toda la humanidad y la responsabilidad de todos (LS 95). El Dios que libera y salva a la humanidad es el que creó el universo, en el que se combinan el amor y la fuerza (cf. LS 73).

El Papa quiere una ecología integral, que defienda la "Casa Común", que se hace por simples gestos cotidianos, mediante los cuales rompemos la lógica de la violencia, la explotación, el egoísmo (LS 230), y esto será más fácil a partir de una mirada contemplativa que proviene de la fe, porque contempla el mundo, no como uno fuera de él, sino dentro, reconociendo los lazos con los que el Padre nos ha unido con todos los seres, y la conversión ecológica, mejora aún más las capacidades peculiares que Dios ha dado a cada creyente, y llevarlo a desarrollar su creatividad y entusiasmo (LS220).

La ecología integral es inseparable de la noción del bien común (LS 156). Comprometerse con el bien común significa tomar decisiones solidarias, basadas en la opción preferencial por los pobres (cf LS 158); es la manera de dejar un mundo sostenible para las generaciones futuras, no a través de proclamaciones, sino a través del compromiso de cuidar a los pobres. Los pobres de hoy, además de la leal solidaridad entre las generaciones, deben reafirmar la urgente necesidad moral de una solidaridad renovada entre los individuos de la misma generación (LS 162). La ecología integral es un nuevo prototipo de justicia, es una ecología que unifica el lugar específico que ocupan los seres humanos en este mundo y sus relaciones con la realidad que lo rodea (LS 15), evitando así que comprender a la naturaleza como algo separado de la humanidad o como un mero marco de la vida humana (LS 139).

Existe un vínculo entre los problemas ambientales, sociales y humanos que no se puede romper, ya que el análisis de los problemas ambientales son inseparables del análisis de las relaciones humanas, familiares, laborales, urbanas e individuales (LS 141), por lo tanto, no hay dos crisis separadas, una ambiental y otra social, sino una crisis social y ambiental compleja (LS 139). No hay nada más extraño que ver la creación del planeta como una especie de máquina, como en la modernidad; ¡Por eso, Dios agregó la creación al día de descanso! (Gn 2.2); Por lo tanto, en cualquier enfoque de la ecología integral, es esencial incluir el valor del trabajo y del descanso (LS 124), porque "renunciar a invertir en personas con mayores ingresos inmediatos es un negocio terrible para la sociedad" (LS 128). El consumo humano está en conflicto con la naturaleza y el diseño de Dios en la creación. Cuidar la tierra, el agua del ecosistema significa reducir el consumo, reciclar, reutilizar y reutilizar lo que ya usamos, está resolviendo los problemas de contaminación del agua, aguas residuales, basura, aire y otros (cf. LS 23; 50). Se trata de salvar el planeta tierra y la humanidad de un desastre global, superar el capitalismo y pensar en formas alternativas de producción.

La Encíclica del Papa Francisco, *Laudato Si* también, es inspiradora para la Vida Religiosa Consagrada en el cuidado de la "Casa Común". Aunque sabemos que no es fácil reformular nuestros hábitos y comportamientos, la educación y la capacitación siguen siendo desafíos centrales, porque cada cambio necesita motivación y un camino educativo (cf LS 15), que involucra todos los entornos educativos: escuela, familia, los medios de comunicación y la catequesis (LS 213).

Como Vida Religiosa necesitamos hacer nuestro examen de conciencia, para realizar un camino de conversión pastoral y ecológica, en una nueva dimensión que considere, no solo cómo se vive la comunión con Dios, con los demás, con uno mismo, sino también con todas las criaturas y la naturaleza, inspiradas por la figura de Dios. Precisamos vivir los votos en una nueva dimensión: **la pobreza** como desapego del consumismo, que destruye y mata la “Casa Común” en contra del proyecto creativo de Dios; **la castidad** como una relación afectiva y efectiva con Dios para cuidar y preservar la naturaleza y la justicia para los pobres; **la obediencia** como compromiso con la creación, el cuidado, el cuidado, la participación, no la destrucción ni la opresión de la naturaleza. Por lo tanto, “la conversión ecológica, que se requiere para crear un dinamismo de cambio duradero, también es una conversión comunitaria” (LS 219).

Como personas consagradas, estamos invitados por la *Laudato Si* a reducir el consumo personal y comunitario en sus diversos aspectos; luchando por mejoras en las ciudades que contribuyen al bienestar, la salud y el cuidado del medio ambiente; trabajando para crear conciencia entre los miembros de la comunidad sobre cuestiones ecológicas como el efecto invernadero y el cambio climático; reducir el gasto energético; plantar árboles en jardines, parques y lugares deforestados; cooperar en programas ecológicos en curso en la sociedad; denunciar el resto de empresas y el poder público.

P. Rafael López Villaseñor

São Paulo, 04 de octubre de 2019,

Fiesta de San Francisco de Asís